

La libertad de amar a Dios con locura

LUIS BAURA DE LA PEÑA
Vicario Regional
de la Prelatura del Opus Dei
en Costa Rica

Me voy a limitar a hacer algunas consideraciones sobre dos ideas que me parece que campean a lo largo de *Camino*.

No hay duda de que al Fundador del Opus Dei, el Beato Josemaría, le gustaba la palabra camino. Es el título del libro objeto de estas palabras.

Era el 5 de junio de 1939: acababa de terminar la guerra civil española y el Beato Josemaría se aprestaba a dirigir un curso de retiro, unos ejercicios espirituales para universitarios, en una localidad próxima a Valencia, en el litoral mediterráneo de España. El lugar donde se iba a desarrollar había sido un acuartelamiento de las tropas republicanas y reparó que había un cartelón con un lema poético

escrito: “cada caminante, siga su camino”. Las personas que le acompañaban en aquella tarde quisieron retirarlo y él les dijo: **“dejadlo, me gusta: del enemigo, el consejo”**.

Ese lema poético –“cada caminante, siga su camino”– le acompañó durante toda su vida, porque era muy amigo de la libertad, de la libertad personal y de la libertad de los demás, de la libertad de las almas, también en la vida espiritual, en los caminos divinos. Para el Beato Josemaría la libertad era uno de los mayores bienes, la libertad que nos ha ganado Cristo en la Cruz. Posiblemente el autor de ese lema era el gran poeta Antonio Machado, que andaba por aquel entonces muy cerca de allí, en Valencia. Todos hemos leído y escuchado frases de Machado utilizando la palabra camino: “Caminante, no hay camino, se hace camino al andar...”

El Beato Josemaría iba más allá y solía hablar de *caminos*, en plural, precisamente para recalcar que, en la vida y en los planes de Dios, Dios trata a cada alma como una joya preciosa y prepara un camino para cada uno de nosotros, no nos lleva en montón. Basta leer el prólogo del autor, que en todas las ediciones de *Camino* se va reproduciendo: **“Voy a remover en tus recuerdos, para que se alce algún pensamiento que te hiera: y así mejores tu vida y te metas por caminos de oración y de Amor”**. En el número uno de *Camino* se encuentra esta frase: **“...Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón”**. Quienes han estudiado la cuestión más a fondo dicen que, en el libro, aparece

49 veces alguna referencia a la palabra *camino*, y a su plural, *caminos*: **“es preciso atravesar el mundo. Pero no hay caminos hechos para vosotros... Los haréis, a través de las montañas, al golpe de vuestras pisadas”** (*Camino*, n. 928).

Dirigiéndose a sus hijos en Roma escribía en 1945: **“Es cierto que llevamos un camino común porque única es (...) la vocación que todos hemos recibido al Opus Dei. Pero se puede andar por el camino de muchas maneras. Se puede andar por la derecha, por la izquierda, en zigzag, caminando con los pies, a caballo. Hay cien mil maneras de ir por el camino divino”** (Carta, 2 de febrero de 1945, n. 18-19, cit. en *Anuario de Historia de la Iglesia*, Universidad de Navarra, IX 2000, pág. 759).

Camino es, me parece, en el buen sentido del término, revolucionario: lo que hace es desgranarnos el evangelio, y el evangelio es revolucionario. El Opus Dei es viejo como el evangelio y como el evangelio nuevo, le gustaba repetir al Beato Josemaría. Lo que hoy es doctrina común en la Iglesia recogida en los documentos del Concilio Vaticano II –basta leer la Carta Apostólica que su Santidad Juan Pablo II nos ha dirigido a todos en la Iglesia al comienzo del nuevo milenio, *Novo Millennio Ineunte*, para darnos cuenta de la llamada universal a la santidad, que es accesible, que no es sólo para privilegiados–, está en el punto 291 de *Camino*:

Tienes obligación de santificarte. –Tú también. –¿Quién piensa que ésta es labor exclusiva de sacerdotes y religiosos?

A todos, sin excepción, dijo el Señor: “Sed perfectos, como mi Padre Celestial es perfecto”.

En los años 20 del siglo pasado esto sonaba muy raro y, de hecho, al Fundador de la Obra le llamaron loco muchas veces. Cuando él lo evocaba con el paso del tiempo, solía decir frases como ésta: sí, tenían razón, estoy loco y quiero estar cada día más loco: loco de amor de Dios.

El Cardenal Ratzinger en la homilía que dirigió en mayo de 1992, con motivo de una de las Misas de acción de gracias por la Beatificación del autor de *Camino*, lo definía como un Quijote de Dios. Es una idea que también alienta las páginas y los puntos de *Camino*: que algo de locura hay que tener si queremos ser santos, si queremos ser cristianos; hay que ir por caminos de una cierta locura, a los ojos del mundo. San Pablo, refiriéndose a la Cruz de Cristo, decía que era “escándalo para los judíos y locura para los gentiles” (I, *Cor*, 1, 23); es una locura el cristianismo para los ojos humanos. Juan Pablo II, en Polonia en el año 99, se expresaba así: “El mundo tiene necesidad de este tipo de *locos de Dios* que atraviesan la tierra como Cristo (...), personas que tengan el valor de amar”.

En *Camino*, no he podido hacer un recuento pero la referencia a la “locura” es bastante generosa. En el punto de *Camino*, 425: **¿Saber que me**

quieres tanto, Dios mío, y... no me he vuelto loco?; en el n. 438: ¡Loco! –Ya te vi –te creías solo en la capilla episcopal– poner en cada cáliz y en cada patena, recién consagrados, un beso: para que se lo encuentre Él, cuando por primera vez “baje” a esos vasos eucarísticos; y referido al apostolado, al afán apostólico, al celo por las almas, ese celo que calificaba el Beato Josemaría de chifladura divina: “El celo es una chifladura divina de apóstol...” (Camino 934); una locura, además, contagiosa; “...–Pobre amor es el tuyo si no tienes ansias de pegar tu locura a otros apóstoles” (Camino, 796); “Una buena noticia: un nuevo loco..., para el manicomio” (Camino, 808); “Señor, haznos locos, con esa locura pegadiza que atraiga a muchos a tu apostolado” (Camino, 916).

Termino aquí: la libertad de amar a Dios con locura, en libertad. Ojalá que la meditación y la lectura de *Camino* –la vamos a tener ahora más facilitada– nos lleve a ser esos locos de Dios que el Papa está pidiendo en la Iglesia, y a promover que muchos de nuestros conocidos y las personas que nos rodean entren a través del conocimiento y la lectura de *Camino*, por estos senderos de libertad y de una cierta locura cristiana, evangélica, de la que están intensamente llenas las páginas de *Camino*: cada caminante, siga su camino.